

Del natural

Bajo la paz de cristal que deja caer la tarde, descansa la abuela en el umbral de la puerta. Al ver su dulce figura que reposa bajo esta tranquilidad hialina, pienso en la amable imagen de la vieja Santa Ana que ha años nos sonrío cubierta por el gran fanal que hay sobre la cómoda en el dormitorio de mi madre.

La calle pedregosa se aleja como un río de silencio, entre sus dos hileras de vetustos caserones.

La abuelita quita las semillas a blancas motas de algodón. Ella contempla con sonrisa plácida el copo blanco que tiene entre sus manos. La sonrisa es en su rostro pálido y arrugado, un rayo de sol que brilla sobre una flor marchita. Sus manos semejan un pebetero de viejo marfil en donde el copo albo es una nubecilla de humo que se escapa.

Los nietos llegan bulliciosos: sus boquitas son cascabelitos rosados dentro de los que retoza la risa. La rodean y la adornan; son junto a la anciana como esas rositas silvestres que florecen entre una ruina.

Es a fines de mayo, en la época en que florecen los nardos rosados. El humilde huerto está lleno de ellos; son turíbulos de sonrosada porcelana que la brisa agita para llenar el ambiente con su aroma penetrante. En la vieja tapia han florecido las orquídeas amarillas: hay grandes ramos de flores pequeñas. Cuando el viento los agita, dijéranse enjambres de doradas abejas que vuelan sobre la vieja tapia.

La brisa cargada con el aroma de los nardos, de las mosquetas, de las orquídeas, besa los rostros de la vieja y de los nietos.

—Mañana es la procesión de “El Dulce Nombre”, abuela —dice uno de los nietos.

—Ya lo sabíamos —explican en coro los otros.

—¿Por qué los nardos y las *parásitas revientan* cuando va a ser la procesión del niño? —dice la chiquilla de cabello corto.

—¿Usted pondrá altar, abuelita? —sigue preguntando la pequeña, de cabello corto—. ¡Rita y Juana pondrán unos más bonitos...!

—Sí pondré, ¡ya verás! En las ventanas y en la puerta colgaré las cortinas de encaje que guardo en mi cofre.

—¿Las que huelen a raíz de violeta? Yo le prestaré mis lazos celestes que mamá me pone en los hombros con mi bata blanca, para que usted ate las cortinas. ¿Oye, abuela?

—Bueno. ¿Le pedirás tú conmigo que te alivie la tos?

—¿Nos hará caso? Es muy chiquitito.

—Sí, es de palo y no hace caso —dice el mayor de los niños.

—¿Qué sabes tú! —replica la anciana poniéndose seria.

—Sí es de palo, abuela, yo lo he visto y lo he tocado.

—¿Qué es que no crece? Siempre está del mismo tamaño.

—¿Qué linda la *batica* que le pone la mamá! Tiene juguetes, ¿verdad? ¡Debe tener más...!

—No, marucha, si es de palo —insiste Antonio.

—¿Qué sabes tú! —interrumpe impaciente la abuela—. ¡Es lindo y está más gordillo! Quisiera cogerlo y comérmelo como a Pepe. ¡Tiene unas roscas tan ricas en los brazos y en las piernas!

El acento de la abuela es infantil. Los niños ríen.

Piensan llenos de gozo en la procesión que mañana pasará y sus corazones sencillos palpitan llenos de fe.

—Mira, abuela, Juana limpia sus ventanas y Nita y Lola barren el frente. Lo ponen limpio para que el *niño* lo encuentre todo bien. Yo ayudaré también a Nita a hacer su altar. Mañana abrirá el gran armario en que guarda tantas cosas. ¡Qué dicha! Ya es casi de noche. Los buenos vecinos de la calle, casi todos sencillos y llenos de fe, hablan de una acera a otra, de la procesión. Todos la esperan llenos de alegría.

La luna en su cuarto creciente brilla en medio del cielo. Por un huequecillo del alero pasa un hilo plateado que viene a descansar en las manos cruzadas de la abuela. Ahora, al verlas, se piensa en

un huso de viejo marfil en el cual viene a devanarse aquella hebra de plata que sale de la madeja de blanca brillante que reposa allá en el cielo.

Ya la pequeña ha dejado caer su cabeza en el regazo de la anciana. Los otros piden les cuente cuentos de cuando el niño Dios era *de veras*.

—Vamos adentro —dice ella—. Hay que acostarse para madrugar a hacer el altar.

* * *

La procesión se acerca. La calle está adornada con lazos, cortinas y flores. En las esquinas y frente a algunas casas hay altares. Las imágenes se adelantan y los destemplados sonidos de unos clarinetes y otros instrumentos de viento, llenan la calle. De rato en rato el violín del viejo *Bizcocho* carraspea y la voz del sacerdote canta: "Salve".

Hay un hormiguero de gentes en la calle. Se conoce que son casi todas, personas del pueblo, sencillas e ignorantes.

No sé qué impresión siento al ver a estos hombres, mujeres y niños, arrodillados, sonriendo dulce y piadosamente a la vista de la imagen de este Jesús a quien todos llaman "El Dulce Nombre". Es un chiquillo regordete, muy bonito. Todos los ojos lo miran llenos de devoción, de candor y de confianza. En las miradas de los viejos hay también un deseo de protección que ellos serían felices de dispersar a aquel precioso chiquillo en el que creen tener un Dios. ¡Qué expresión más diferente he sorprendido yo en los rostros de esta multitud sencilla a la vista de la imagen de un Jesús ya hombre! Entonces noté temor y respeto; ahora adoración, respeto, pero esa adoración, ese respeto risueño que produce en el hombre la vista de la niñez. Las oraciones que salen de todos los labios están llenas de ternura maternal: "¡lindo chiquito, ten piedad de nosotros; tú que eres tan poderosito concédeme lo que te pido, no seas malo!".

El cuadro de la abuela y de sus nietos arrodillados entre las cortinas blancas recogidas por los lazos celestes de marucha, ¡es tan

bello! La paz de la anciana y de los pequeños está bañada por la luz tranquila de la pura y dulce que florece en sus almas.

Y Nita con su cara arrugada y su boca desdentada, sonriendo, sonriendo... ¿Qué habrá en su interior? Todo un panal de sabrosa miel que ella ofrece al chiquillo de palo que se aleja...

Y Juana, aquel mujerón que asusta con su voz de militar, con la cara vuelta una fiesta, arrodillada, rebosante el corazón de amor, murmurando con los registros más suaves de su garganta, mil cosas cariñosas: "chiquillo feo, ¿por qué sos tan lindo? Quisiera comerte esas piernas, feo. ¿Verdá que no te olvidarás de mí?".

Pero el sacerdote pasa envuelto en su capa pluvial, con su cara vulgar congestionada por el calor y la fatiga. Su voz gangosa entona "Salves" y el violín acompaña lastimosamente. En el platillo se oyen caer las monedas que hay que *pagar por las salves*. En el canto que me produjo aquella fe infantil y pura que arde en esos corazones sencillos, se ha desvanecido lo mismo que un sentimiento bueno al contacto de una ofensa. Me ha parecido que en mí había una bandada de pajarillos que cantaban y al cual espantó la pedrada que arrojó una mano cruel.

Una vez, en un día lluvioso, vi pasar entre el agua negruzca de un *caño* una florecita blanca; entonces experimenté una sensación parecida a la que he sentido a la vista de esta fe tan buena, tan infantil, tan blanca flotando entre esta ola de mercantilismo sin pudor que pasa sin respetar nada.

Por un momento tuve la ilusión de que aquellas gentes vivían en una Arcadia espiritual y las envidié. Pero oí el canto del dinero y luego pensé en el engaño. ¡Lástima de cuadro, el de la abuela y de sus nietos en el umbral de la puerta!

1911